

José Albertazzi: Humanismo y Libertad

Gustavo Adolfo Soto-Valverde*

1. Introducción

Cuando un pueblo comienza a perder su memoria histórica, se inicia, irremediablemente, el preludio de su ocaso existencial. Y como la historia la escriben hombres de carne y hueso, también de ellos, de cada uno, los pueblos deben tener una remembranza en su presente, porque, como alguna vez escribió Thomas Carlyle, "*ningún gran hombre vive en vano; la historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres*".

Recientemente se cumplió un siglo del nacimiento de uno de esos grandes hombres que, con su singular individualidad, marcaron decisivamente la historia patria. Se trata de don José Albertazzi Avendaño. Referirse a este extraordinario costarricense, de noble ascendencia italiana, es recorrer, de alguna manera, las páginas de nuestra historia. Cada una de las vibrantes y apasionantes estampas que nos aporta el desarrollo de su biografía, es, a la vez, una página de la historia de Costa Rica... *¡de nuestra propia historia!*

Por ello, hemos querido preparar unas pocas líneas que recojan *algo* de su memoria histórica. Y lo hemos querido hacer por dos razones. *Primera*, para ofrecer a la Costa Rica de hoy al menos una parte de esa herencia, tan suya, que no puede ni debe jamás olvidarse. Y *segunda*, para rendirle a este insigne costarricense un sincero homenaje, en el primer centenario de su nacimiento, como reconocimiento a su firme compromiso con nuestra patria... *con el humanismo y con la libertad costarricenses.*

Para desarrollar el presente trabajo, hemos tejido, en un solo conjunto, sus datos biográficos, sus aportes a la vida política nacional y su legado en el campo de la oratoria y de las letras patrias. Finalizaremos estas páginas con unas *palabras conclusivas* y con el señalamiento explícito de las *fuentes bibliográficas* que hemos consultado.

2. ¿Quién fue don José Albertazzi?

Conforme con los minuciosos estudios genealógicos que, de las familias italianas radicadas en el país, ha hecho la Profesora Rita Bariatti, podemos afirmar que los Albertazzi fueron una de las primeras familias italianas que llegaron a tierras costarricenses; incluso, antes de la gran inmigración italiana de fines del siglo pasado para la construcción del ferrocarril. En efecto, ya en los alrededores del año 1880 aparece un señor de nombre Pedro Albertazzi haciendo negociaciones -comprando y vendiendo fincas- en Cartago. Parece que esta familia Albertazzi estaba dedicada a las tareas artesanales, especialmente a los trabajos de albañilería y de canteras (22, doc. var.). En la persona de don José Albertazzi esta tradicional labor familiar se convirtió en algo especial: fue un maestro que pulió, no la piedra, sino la palabra, y con ella supo -en la prosa y en el verso, pero sobre todo en el discurso- hacer sentir y valer, en profundidad, la riqueza de la existencia humana, *plenamente humana*. Se dice que los Albertazzi eran excelentes canteros, y conforme con el criterio de la citada investigadora, don Constantino -el padre de José- trabajó antes de 1910 en la construcción del Templo Parroquial de Cartago, hoy en ruinas. Se ha contado, con sabor anecdótico, que en el terremoto de aquel año se cayó todo, menos lo que hicieron

* Filósofo, Profesor de Teología e Investigador de la Historia. Maestro Catedrático de la U.A.C.A y Profesor de la Universidad de Costa Rica. Autor de varias publicaciones.

los Albertazzi: las paredes que hoy se conservan fueron levantadas por don Constantino Albertazzi (Idem).

El ilustre costarricense de quien hoy escribimos, nació el 15 de enero de 1892 en Paraíso de Cartago. Fue hijo de don Constantino Albertazzi, según acabamos de señalar, y de Rosenda Avendaño, maestra de escuela. Cursó la primera enseñanza en su pueblo natal y allí, justamente, entabló una profunda y, diríamos hoy, eterna amistad, con don Teodoro Picado, por entonces condiscípulo suyo y después presidente de la República. Juntos comenzaron a compartir, en tan temprana hora de sus vidas, muchos ideales y muchos sueños sobre el futuro del país. Fue, luego, estudiante del Liceo de Costa Rica, donde se graduó como *maestro normalista*.

Ejerció poco tiempo su labor docente, pero con éxito; muchos de sus exalumnos lo han recordado, años después, como un *excelente maestro*. Sin embargo, la vocación de don José Albertazzi no fue precisamente la docencia. Su apasionado temperamento pronto lo llevó a las letras, pero, sobre todo, a la oratoria y a la política. Podríamos decir que fue un orador y un político de nacimiento. En sus escritos y discursos siempre hay una huella en pos del hombre, en pos de lo humano... hay una línea indiscutiblemente *social* (21, p. 5).

Desde muy joven, don José se dedicó, también, al periodismo. Siendo liceísta fundó un periódico manuscrito que tituló "**El germen de la idea**", cuyo título patentiza no pocas de sus inquietudes. Pronto se publica impreso, con el nombre de "**Germinal**". Poco tiempo después, en Liberia, trabajando como maestro, funda con don Aristides Baltodano, futuro compañero suyo en el Congreso, el semanario "**El 29 de enero**". Ya en esta época comienza a perfilarse como polémico y perspicaz político. Se enfrenta con dureza, y parece que con algunas palabras fuertes para el estilo costarricense de la época, a la gestión del gobierno del momento, hasta llegar, incluso, a oponerse públicamente al entonces presidente de la República, don Ricardo Jiménez, quien sin retraso alguno envió al Comandante de Liberia un telegrama, cuyo fruto fue el despido de don José Albertazzi de su puesto de maestro. Como periodista, también fue reportero del periódico "**La Información**" (Ibid, p. 6).

En 1912, cuando contaba con apenas 20 años de edad, parte para Nicaragua, con el fin no sólo de colaborar en el periódico "**El Diario de Nicaragua**", sino también de involucrarse en los problemas políticos de ese país. Estuvo allí en la misma época en que el famoso General Jorge Volio anduvo por aquellas tierras. Don José Albertazzi no sólo participó en la revolución, sino que su genio lo convirtió en algo así como el *orador oficial* de las fuerzas del Partido Liberal (idem). Y desde entonces, se hizo famoso por su *oratoria*. Tanto, que ha sido esta la cualidad que mejor lo ha identificado: el famoso **Diccionario Enciclopédico UTEHA** reseña su vida destacándolo, además de *poeta* y *periodista*, como "*orador costarricense*" (17, p. 366), y hasta quienes, por celos, más de orden político que académico, le han querido negar sus méritos en las letras, han tenido que reconocer su excepcional capacidad en el manejo del discurso (cfr. 15, p. 238).

En 1914 regresa a Costa Rica e ingresa en la Escuela de Derecho. Mientras estudiaba leyes siguió, también, su entrenamiento en cuestiones políticas, pero no en una facultad o escuela, sino en la práctica de la arena costarricense, hasta el extremo de que, por su férrea oposición al gobierno de los Tinoco, tuvo que pagar su aprendizaje con la prisión, que sufrió del 14 de abril al 20 de julio de 1919 (5, p. 160). Esta lección fue decisiva en su vida, pero no el único pago por sus andanzas políticas, como veremos más adelante.

En 1920 se gradúa de abogado con una tesis que tituló "*La miseria como atenuante del delito, en lugar de la ebriedad*" (vid. 4). En ella muestra, una vez más, su profundo *sentido humano* de la realidad. No en vano recoge y comenta en su tesis, a propósito del recto ejercicio de la justicia y de su experiencia en la cárcel, este cuadro que parece sacado de una novela de Dostoievski:

"Nunca podré olvidar la angustiada pena que me produjo la relación que un presidiario me hiciera, cuando yo también lo fui por largos días, en uno de los ratos que nos daba el sol. Vivía tranquilo con su familia: su esposa y cuatro hijos. Con su escaso salario tenía estrechamente para los gastos de su hogar. Pero ¡la desgracia! Cae enferma la esposa; luego un hijo. Se llama al médico, y entre visitas y medicinas se hace una cuenta muy larga. ¿Con qué pagar? ¿Ahorros? ¿Cómo haberlos hecho? ¡Era tan pequeño el sueldo y eran tan crecidos los gastos! Entonces tuvo que vender un sueldo que no le pertenecía porque ya lo llevaba vendido por adelantado. Reprensible mi acto, me dijo; pero ¿debía yo dejar perecer a los míos antes de cometer esa falta, cuando yo sabía, por otra parte, que la miseria de mi casa no provenía de culpas mías, pues nunca he cometido locuras, ni he sido vicioso? Se me llamó ante los Tribunales, se me juzgó, y aquí estoy con una condena por delante sin saber cómo vive mi familia. Un hogar deshecho: la hija mayor, que era mi consuelo, cogió el camino del vicio. La ley, al recluirme en esta prisión, me arrebató uno de mis mejores cariños".

Y concluye don José Albertazzi su exposición con estas palabras, dignas de inspirar a cualquier tribunal: "*Sentí casi repugnancia por una justicia tan injusta, y*

vacilé mucho ante la duda de si yo, como Juez, habría condenado a este infeliz" (4, p. 160-1).

Comenzada su carrera, en 1915, contrae matrimonio con Carlota Herrera Braun, que será, como lo dijo el mismo don José en algún momento, *la mujer de su vida*. La amó con intensa profundidad y le dedicó, no digamos más de una poesía o un libro de poesías, sino su propia vida. De este hogar nacieron tres hijos: Virginia, Alicia y Fernando José. En los años siguientes fue director de la revista "*Fígaro*", luego de "*El Diario déla tarde*" y de "*El hombre libre*". Colaboró, asimismo, con la revista "*Pandemónium*" y fue jefe de redacción del periódico "*El Imparcial*" (21, p. 6).

Muy joven comenzó su producción en las letras; y este aporte suyo es, desde entonces, *patrimonio nacional*. En 1910, cuando tenía escasos 18 años y en un medio en el que publicar un libro era casi una aventura imposible, edita su primera obra titulada "*Fragmentos de alma*", obra que hace vibrar al lector al compás de unos auténticos fragmentos de intimidad. En este primer libro queda dibujado el que será su estilo: *claro, profundo, cálido y humano*, pero sobre todo *elegante* (idem).

Ese estilo suyo, tan singular, se hará presente en toda su obra: *en la poesía, en la prosa y en el discurso*. Por ello, sus intervenciones en el Congreso son verdaderas piezas oratorias que deberán recordarse siempre. En poesía y en prosa, tales cualidades hacen que su pluma resulte inconfundible para quien haya leído, alguna vez, algo salido de su genio literario.

La calidad de su cálamó y lo profundo de su humanismo, pronto fueron galardonados: en 1914 obtiene su primer triunfo en un concurso literario, en los Juegos Florales, con su famosísimo soneto "*Cromo*", popularmente conocido como "*El limpiabotas*", en el que se hace patente su estilo claro, profundo, cálido y humano, de singular elegancia. Después fue varias veces triunfador en concursos de esta índole, dentro y fuera del país (idem).

Aquel primer libro es seguido, en 1919, de uno de prosas, "*Bajo el azul*" (vid. 2), y otro de versos, "*Por los recodos del camino*" (vid. 3). Por entonces recibió el primer premio en un concurso promovido por el Ateneo de Costa Rica, con su obra "*Apuntes sobre inmigración*", escrita en 1918 (vid. 1). En 1936 publica un trabajo académico, de corte docente, titulado "*Unos Comentarios al Consejo Técnico de Educación*" (vid. 6). En los dos años siguientes aparecen tres nuevas obras suyas: "*Palabras al viento*" (vid. 5), "*Divagaciones*" (vid. 7) y "*Refugio espiritual*" (vid. 8). En 1941 en Lomas de Zamora, en Argentina, participa en un concurso celebrado allí, y aunque parece que no tenía nada preparado de antemano, escribió un opúsculo en una noche. Fue con tal escrito, sus famosos "*Apuntes sobre la democracia costarricense*", con el que concursó y ganó el primer lugar (vid. 9).

Por sus lides políticas, por su temperamento y su apasionado carácter, don José Albertazzi, junto con otros muchos ilustres costarricenses, sufrió el destierro después de la guerra civil de 1948. Durante el exilio, en Guatemala y México, escribió otra obra, de extraordinario calibre, que es de gran importancia para la historia de Costa Rica. Tanto más importante, cuanto desconocida es. La tituló "*La tragedia de Costa Rica*" y fue publicada en México en 1951 (vid. 10). En Costa Rica no se conoció porque, simplemente, fue prohibida su circulación. Sólo algunos escasos ejemplares pudieron llegar a muy contadas personas en el país. "*La tragedia de Costa Rica*" se imprimió con una portada muy particular: la palma de una mano abierta, probablemente la de don José, para indicar lo doloroso que fue, para todos, la experiencia de la guerra civil de 1948.

Después de esta obra, don José Albertazzi publicó otras más. En 1962, "*Canto a la amada viva y muerta*" (vid. 11), escrita cual himno poético a su inolvidable esposa, fallecida en marzo de 1948. También en 1962 publica "*Frente a otros horizontes*" (vid. 12), un selecto libro de crónicas y atisbos. En 1965 apareció impreso "*La Democracia en América Latina*" (vid. 13); y en 1967 publica "*El perfil moral costarricense*" (vid. 14), un valiosísimo manojó de estampas del ser de la nacionalidad patria.

A la par de tan extraordinaria y numerosa producción literaria, don José Albertazzi desarrolló intensamente su vocación de político, que lo mantuvo vinculado a los quehaceres de la gestión pública. Pocos hombres se han visto tan involucrados en la vida política costarricense. Cinco veces fue electo diputado al Congreso Constitucional: en 1926, en 1930, en 1938, en 1942 y en 1946, y, de no habérselo impedido la guerra civil de 1948, probablemente hubiera sido diputado hasta su muerte. Ocupó la *Presidencia* del Congreso en la legislatura comprendida entre 1944 y 1945 (cfr. 18, p. 99).

Su obra en el Congreso fue muy destacada. Para apreciarla, debemos tomar en cuenta algunos valores del ser de la nacionalidad costarricense, porque este distinguido congresista asumió, intensamente, los valores patrios; esos valores que don José Abdulio Cordero Solano ha querido rescatar en su clásica obra "*El ser de la nacionalidad costarricense*" (vid. 16); esos valores que no son, en modo alguno, agnósticos, sino que son profundamente *cristianos* y tienen por centro la eminente dignidad de la persona humana. En la vida de don José Albertazzi el valor de la persona humana, el sentido de la trascendencia y el significado de Dios

en el quehacer cotidiano del hombre, tienen un papel realmente significativo. En su obra *"El perfil moral costarricense"* hay una estampa, una anécdota, que, leída desapasionadamente, sopesando cada una de las palabras que allí puso don José, permite observar esta asunción de los valores patrios. El la llamó **"Una bendición inolvidable"** y en sus líneas leemos que siendo el diputado y secretario del Congreso Constitucional, éste declaró Benemérito de la Patria al doctor Rafael Calderón Muñoz, entonces en paso de muerte. Cuando en su calidad de secretario del Congreso, junto con otras personalidades, fue a comunicar la grata noticia al célebre médico, por consideración a la familia y al mismo enfermo, no quiso entrar en la estancia del recién nombrado Benemérito de la Patria, sino que se marchó al centro de la ciudad. Sin embargo, el ilustre enfermo lo mandó a buscar y entre ellos dos se produjo la siguiente escena, descrita así por don José Albertazzi:

"Al sólo verme, el Doctor me dijo, palabras más o menos: lo he molestado, don Pepe, porque, en la posibilidad de irme definitivamente en cualquier momento de estos, quiero bendecirlo. Yo me emocioné y no atiné a decirle ni una palabra. Haga la señal de la cruz, me dijo, y con la suya en alto, recordó que me conocía desde muy niño; expresó que me había seguido a través de mi vida -yo tenía ya para entonces más de cuarenta y cinco años- y que me había encontrado siempre honrado y bueno, por lo que él pedía al Cielo todas las venturas para mí y para los míos, y me otorgaba su más cariñosa bendición. Salí de la casa de mi querido y admirado amigo como purificado, pensando en que una bendición otorgada o impartida por un santo como aquel, era una especie de desquite o recompensa a las inconsecuencias y crueldades que he sufrido tantas veces en mi vida"(2^o, p. 188-9).

Estas palabras tuyas son, sin duda, impresionantes y muestran la finura de su alma, profundamente *humana y cristiana*. Hay otro elemento que nos servirá para reflexionar sobre su labor en el Congreso. Es la conclusión de su obra **"La Democracia en América Latina"**. El termina tal opúsculo con unas palabras, escritas en mayúscula, que hablan por sí mismas: **"¡DIOS SAL VE A AMERICA!"** (vid. 13).

En don José Albertazzi hubo un sentido cristiano de la vida, aunque no necesariamente expuesto con aburridas e infecundas peroratas. Su cristianismo no fue convencional; fue, sencillamente, el que absorbió de la experiencia cotidiana de la vida costarricense. Fue, diríamos hoy, un *cristianismo encarnado*. A quienes nos decimos creyentes se nos olvida, con lamentable frecuencia, que una de las verdades fundamentales de nuestra fe es *la encarnación: el Verbo de Dios*, que asumió nuestra condición humana, en todo, excepto en el pecado, para redimir al hombre pecador. Por esto, vivir con autenticidad la fe cristiana significa involucrarse hasta sus últimas consecuencias con el mundo que nos rodea, no para hacernos tan mediocres o inhumanos como el medio en que a veces vivimos, sino para sembrar *una semilla de humanidad... para contribuir a la dignificación de los seres humanos*. Y esto no es otra cosa que esforzarse por vivir, con sinceridad, el mandamiento supremo del cristianismo: *la ley del amor*.

Don José Albertazzi, con mayor o menor claridad de conciencia, asumió la vida desde esta perspectiva. Sus lides en el Congreso fueron, siempre, en favor de la persona humana, pero particularmente, en favor de *los pobres, los humildes y sencillos...* Cuando se repasan las actas del Congreso que recogen sus apoteósicos discursos, encontramos verdaderas piezas oratorias, llenas de los valores del Evangelio, sobre la dignidad de la persona humana, la justa satisfacción de sus necesidades fundamentales, la legítima resolución de las dramáticas situaciones de los más pobres... Aquellas sus palabras parecieran ser voces proféticas dichas también para hoy.

De sus luchas en el Congreso es relevante, en particular, lo acontecido en julio de 1942, cuando se derogaron las entonces llamadas *"leyes liberales de 1884-1894"*, que en el fondo eran unas *leyes antirreligiosas* y poco liberales, promulgadas en los tiempos del apogeo del *liberalismo rojo o anticlerical*, en las postrimerías del siglo pasado. Los oponentes a la derogatoria, herederos del viejo liberalismo, aducían cuantas razones podían para evitar tal derogatoria. Don Teodoro Picado y don José Albertazzi fueron los paladines de la contienda. Los discursos de ambos, que hicieron comprender a todos que si había algo que fuera antiliberal eran las citadas leyes, son magistrales. Su argumento de fondo fue el respeto a la dignidad de la persona y a sus derechos fundamentales, especialmente al *derecho a la libertad*. El debate por la derogatoria fue largo, tenso y tormentoso. Hubo sesiones, incluso, hasta altas horas de la noche, y aún de la madrugada. Cuando, por fin, se aprobó la derogación de las mencionadas leyes y se leyó la redacción final del acuerdo, don José, por entonces primer secretario del Congreso, fue acusado por un diputado oponente a la derogatoria de haber tergiversado la redacción original aprobada. Esto fue despertar a un gigante. Don José, sin tardanza, se puso en pie y con toda la fuerza de su apasionado talante político, defendió la honorabilidad de su actuación. En su discurso, con conceptos muy apropiados, tejió un hermoso himno a la libertad y a la dignidad de la persona humana (cfr. 20, pp. 298-310).

Para honra de su memoria, tenemos que recordar, asimismo, sus gestas en el Congreso en favor de la aprobación de la gran *Reforma Social Cristiana* de 1940-43. Esta reforma, que fue la verdadera revolución de los años cuarenta, transformó de raíz las estructuras del Estado Costarricense. En ella encontramos a don José Albertazzi dando lo mejor de sí para su plena cristalización. La creación de la *Universidad de Costa Rica*, la creación del *Seguro Social* y otras tantas medidas legislativas, preparatorias todas ellas de la promulgación de las *Garantías Sociales* y del *Código de Trabajo*, contaron incondicionalmente con su esfuerzo. Al analizarse y discutirse en el seno del Congreso Constitucional los proyectos respectivos, don José fue un decisivo paladín. No en vano su nombre rubrica tanto los dictámenes de más de una comisión, como los textos de la aprobación definitiva de la reforma social. En efecto, su nombre firma la creación de la *Universidad de Costa Rica*, la del *Seguro Social*, la derogación de las entonces llamadas *leyes liberales de 1884-94*, la creación del *Capítulo Constitucional de Garantías Sociales* y la creación del *Código del Trabajo* (Ibid, pp. 266 ss).

Sin embargo, estas tareas conllevan, muchas veces, el amargo trago de la ingratitud y de la incompreensión. Se dice, en más de una ocasión, que el camino de la opción por el hombre es un camino de rosas, que quien opta por el hombre avanza por una alfombra de aterciopelados y fragantes pétalos. Pero la verdad suele ser muy distinta. Sólo el que recorre tal camino se da cuenta de que bajo las rosas -que tienen ciertamente su suavidad y perfume- están las espinas... Don José tuvo que sufrir, como recompensa de su servicio al hombre, el exilio. ¿Cuál fue su delito en el Congreso? ¿Cuál fue su pecado, que le costó la amarga y dolorosa experiencia de la expatriación, sobre todo para él, que tanto amaba su tierra? La respuesta, leída su vida a través del tamiz del tiempo, es esta: *haber servido a la causa de la justicia... haber servido al hombre*

Con la elegancia propia de su pluma, don Teodoro Picado, su amigo y compañero, describió así las lides de este fogoso diputado en el recinto parlamentario:

"Es quizá en el Congreso donde más hayamos admirado a Albertazzi Avendaño. La lucha parlamentaria está llena de emboscadas, de acechanzas; el enemigo está listo para aprovechar el menor descuido, el menor flanco débil del adversario; las barras apasionadas llegan hasta la procacidad; los asuntos políticos engendran grandes pasiones, se hieren fuertes intereses y no menos fuertes vanidades. El plan u orden preconcebido del discurso tiene que alterarse repentina e inesperadamente, conforme los requerimientos de la lucha. El adversario nos aguarda, embosado, con el cargo que nos imaginábamos desvanecido u olvidado o con otro que ni siquiera sospechábamos. Albertazzi Avendaño nació especialmente dotado para las luchas parlamentarias; tiene el genio rápido e incisivo para la "riposta", el humor sangriento que desconcierta al contendor, una memoria feliz que en las alternativas del debate -como servical mozo de estoques-, está lista a traerle el recuerdo apropiado, la memoria del hecho que confunde, de la palabra que se vuelve contra nosotros, dicha hace mucho tiempo, que creíamos perdida en el pasado.

Su voz tiene todas las gamas, su ademán es airoso y elegante. Y por sobre esas cualidades, lo que se llama el coraje oratorio, que arrastra a los oyentes, que los solidariza con el sentimiento o con la idea que se expresa, sometiéndolos a una como fuerza mágica. Además, la rara virtud de que el ataque del adversario no es la fuerza que anula o silencia, sino, al contrario, el estímulo que incita a la pelea y que constituye su encanto y su atractivo. Se ha dicho que los políticos necesitan un cutis especial, "una piel de paquidermo humano, dura y sin poros que impide la transmisión al interior de las heridas desconcertantes", como expresa Ortega y Gasset; pero en casos como el de Albertazzi Avendaño la herida del adversario pocas veces desconcierta porque bien pronto a la lesión que se recibe se sucede la lesión que se infiere al contrincante, y así la ofensiva constante, la agresión ininterrumpida es la mejor de las defensas y traslada la lucha a los terrenos del adversario. Así hemos visto a Albertazzi Avendaño en tardes y noches parlamentarias inolvidables, con el ondeado cabello castaño sobre la frente, mientras la mano nerviosa lo echa hacia atrás; con los ojos verduzcos llenos del fulgor de la batalla, con la mirada de los oyentes fija sobre él, en esas pausas precursoras del golpe final, el que ha de desconcertar y anonadar al adversario" (19, pp. 18-9).

.En tales lides su motivación, sobre todo, fue la profunda convicción de que su lucha era por el hombre, por la persona humana. Eso fue lo que iluminó, motivó e hizo crecer a este ilustre congresista costarricense.

Si apasionante fue su ímpetu político, no menos conmovedora fue su vocación de poeta. Efectivamente, don José Albertazzi supo vaciar las intimidades de su alma, que en el fondo son las que explican la pasión con que asumió su vida, en la poesía. Entre los inmortales versos de uno de sus últimos poemas, dedicado a su hijo, leemos su autobiografía:

*"Hazte tu propia vida,
vive la que te salga desde adentro,
en la soberanía de tus impulsos
y en la salvaje libertad de tu aislamiento;*

y no por egoísmo misantrópico
ni por hurtar el cuerpo
a los graves deberes que te impongan
tu siglo, tu ideal, tu verdad o tu sexo,
sino para liberarte del tumulto
que hace del hombre un instrumento
o quizá una nota informe y sin sentido
en la infernal algarabía de sus estruendos."
(11, p. 19).

La exquisita finura de su alma también la palpamos en otra de sus poesías, ésta dedicada a su amada e inolvidable esposa. Don José Albertazzi la tituló "**Por Los Siglos Amén** " y dice así:

"Amada, estoy triste, ¡muy triste! tan triste cual nadie lo estuvo desde que te fuiste. ¿Por qué, mi adorada, te arrebató el Cielo, te robó a mi dicha, te hurtó a mi consuelo? ¿Por qué? Pues si hay vírgenes y ángeles arriba adonde volaste, en la sensitiva casa que dejaste, sin par en el mundo, eras virgen y ángel en el más profundo de los simbolismos que acuñó la vida. Óyeme, adorada, desde tu partida me peleé por siempre con el Cielo arcano. ¿Por qué tú el más puro, noble y soberano primor de la tierra dejarnos debía muertos de honda pena y de melancolía? Soy sólo un sonámbulo desde tu partida, un pobre reflejo de tu amable vida. Árbol, cielo, río, camino, montaña, lo que tanto amaste con pasión de entraña, y a amar me enseñaste con tu alma de artista, todo me parece mezquino: una arista del gran monumento de tu amor... y sólo, por todos los rumbos y de polo a polo, valen tu cariño, tu alma y tu recuerdo mientras en mi duelo pertinaz me pierdo. Una vez más te pido -mi espíritu de hinojos-que vuelvas a mi angustia tus compasivos ojos y a tu lado me lleves. Han de pensar los hados que, si han sido grandes, como son, mis pecados, quizá nadie ha sufrido lo que muestra mi herida; y si ya nada grato me reserva la vida -anudados a mi alma los retoños benditos que nos perpetúan por los días infinitos-llévame, amada mía, a tu vera sagrada para poder de nuevo sorber en tu mirada el amor sin mancilla, y en tu noble regazo reposar mi cabeza fatigada al acaso de las horas que fluyen del beatífico Edén ya por siempre a tu lado... por los siglos amén." (11, pp. 56-7)

Sus últimos años los vivió en la sencillez propia de los verdaderos grandes hombres: ejerció su profesión de abogado para mantener decorosamente a los suyos y, en el rico silencio de su retiro, escribió, como lo dejamos apuntado, más de un libro. En esta su obra literaria crepuscular, desahogó el insondable torrente humano de su alma. Falleció en San José, el 3 de setiembre de 1967, para unirse con su esposa... *por los siglos amén*.

3. Palabras conclusivas

Para concluir nuestro trabajo, nada más apropiado que recordar unos versos salidos de su magistral pluma. Es un soneto... un inmortal soneto, con el que obtuvo merecidamente su primer premio literario, y que en sus catorce versos traduce la riqueza sin par del humanismo de su autor. ¡Que sea éste nuestro punto final!

"Al caer la tarde se moría como se dobla un tallo, el limpiabotas; y al mirarlo en su lecho, parecía una esperanza con las alas rotas.

Pálido, débil, en su frente había como un agonizar de ansias ignotas; y giraban sus ojos en sombría visión de horas oscuras y remotas.

Madre, murmuró entonces el moribundo con un hilo de voz que fue un sollozo: arregla mi cajón que fue en el mundo mi único amigo y mi mejor consuelo: voy a lustrar, radiante de alborozo, las botas de los ángeles del Cielo." (22, cop. public. orig.)

4. Fuentes bibliográficas

- (1) Albertazzi Avendaño, José, **Apuntes sobre Inmigración**. En: **Revista Athenea**. Tomo I. Marzo de 1918.
- (2) _____, **Bajo el Azul**. San José: Alsina, 1918.
- (3) _____, **Por los recodos del camino**. San José: Alsina, 1918.
- (4) _____, **La miseria como atenuante del delito, en lugar de la ebriedad**. Tesis de grado. Mayo de 1920. Public, en: **Palabras al viento**, pp. 151 -162 (vid. n. 5).
- (5) _____, **Palabras al viento**. San José: s.e., 1936.
- (6) _____, Unos comentarios al Consejo Técnico de Educación. San José: Imprenta Arias, 1936.
- (7) _____, **Divagaciones**. San José: La Tribuna, 1937.
- (8) _____, **Refugio espiritual**. San José: Imprenta Arias, 1937.

- (9) _____, **Apuntes sobre la democracia costarricense**. San José: Imprenta Nacional, 1941.
- (10) _____, **La tragedia de Costa Rica**. México: s.e., 1951.
- (11) _____, **Canto a la amada viva y muerta**. San José: Lehmann, 1962.
- (12) _____, **Frente á otros horizontes**. San José: Lehmann, 1962.
- (13) _____, **La democracia en América Latina**. San José: Lehmann, 1965.
- (14) _____, **El perfil moral costarricense**. San José: Lehmann, 1967.
- (15) Bonilla, Abelardo, **Historia de la Literatura Costarricense**. San José: U.A.C.A., 1981.
- (16) Cordero Solano, José Abdulio, **El ser de la nacionalidad costarricense**. España: Tridente, 1964.
- (17) Enciclopedia, **Diccionario Enciclopédico UTEHA**. Tomo I. México: UTEHA, 1953.
- (18) Obregón Loria, Rafael, **El Poder Legislativo en Costa Rica**. San José: Asamblea Legislativa, 1966.
- (19) Picado, Teodoro, **Apuntes sobre la vida y obra de José Albertazzi Avendaño**. Public, en: **Don José Albertazzi y la Democracia Costarricense** (vid. n .21).
- (20) Soto Valverde, Gustavo Adolfo, **La Iglesia Costarricense y la Cuestión Social**. San José: EUNED, 1985.
- (21) _____, **Don José Albertazzi y la Democracia Costarricense**. Prólogo y selección de textos de **G.A.S.V.** San José: U.A.C.A., 1988.
- (22) _____, **Legajo de documentos de autores costarricenses**. Archivo privado del autor.